

Recuerdos durmientes

Patrick Modiano

Recuerdos durmientes

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Souvenirs dormants
© Éditions Gallimard, 2017
París, 2017

Ilustración: foto © Magnum Photos / Contacto

Primera edición: junio 2018

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2018
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8012-0
Depósito Legal: B. 11414-2018

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Un día, en los muelles, me llamó la atención el título de un libro, *El tiempo de los encuentros*. También hubo para mí un tiempo de los encuentros, en un pasado remoto. En aquella época, con frecuencia me entraba miedo al vacío. No notaba ese vértigo cuando estaba a solas, sino con algunas personas a las que, precisamente, acababa de conocer. Me decía, para tranquilizarme: ya se presentará una ocasión de hacer mutis. Algunas de esas personas no sabías hasta dónde podían llevarte. La cuesta abajo era resbaladiza.

Podría empezar por recordar los domingos por la noche. Me daban aprensión, como a todos los que han sabido lo que es volver a un internado, en invierno, a última hora de la tarde, esa hora en que va cayendo el día. Más adelante, es algo que los persigue en sueños, durante toda la vida a veces. Los domingos por la noche, unas cuantas personas se reunían en el piso de Martine Hayward, y yo me

hallaba entre ellas. Tenía veinte años y no me encontraba del todo a gusto. Volvía a sentir una sensación de culpabilidad, como si aún estuviera estudiando: en vez de volver al internado, me había fugado.

¿Debo realmente hablar ya de Martine Hayward y de los individuos variopintos que tenía alrededor aquellas noches? ¿O ir siguiendo el orden cronológico? No lo sé, la verdad.

A eso de los catorce años me había acostumbrado a andar solo por las calles en los días libres, cuando el autocar del internado nos dejaba en la puerta de Orléans. Mis padres no estaban; mi padre se dedicaba a sus negocios y mi madre trabajaba en una obra en un teatro de Pigalle. Descubrí aquel año –1959– ese barrio, Pigalle, los sábados por la noche, mientras mi madre estaba en el escenario; y volví con frecuencia durante los diez años siguientes. Ya daré más detalles si tengo valor para ello.

Al principio, me daba miedo andar solo; pero, para tranquilizarme, seguía siempre el mismo itinerario: calle de Fontaine, plaza Blanche, plaza de Pigalle, calle de Frochot y calle de Victor-Massé, hasta La Boulangerie, en la esquina con la calle de Pigalle, un sitio peculiar que no cerraba de noche y donde compraba un cruasán.

Ese mismo año y ese mismo invierno, los sábados en que no estaba en el internado montaba guardia en la calle de Spontini, delante del edificio

en que vivía esa cuyo nombre he olvidado y que llamaré «la hija de Stioppa». No la conocía, había sabido sus señas por el propio Stioppa durante uno de esos paseos a los que me llevaban mi padre y él los domingos por el bosque de Boulogne. Stioppa era un ruso, un amigo de mi padre a quien este veía con frecuencia. De elevada estatura, de pelo moreno y brillante. Llevaba un abrigo viejo con el cuello de piel. Había tenido reveses de fortuna. Lo acompañábamos, a eso de las seis de la tarde, a la pensión donde vivía. Me había dicho que su hija tenía mi edad y que podría trabar relación con ella. Apparentemente, él no la veía ya porque vivía con su madre y el nuevo marido de esta.

Los sábados por la tarde, aquel invierno, antes de ir a reunirme con mi madre en Pigalle, en su camerino del teatro, me apostaba delante del edificio de la calle de Spontini a la espera de que se abriera la puerta cochera de cristales y hierro forjado negro y apareciese una chica de mi edad, «la hija de Stioppa». Tenía la certeza de que iría sola, que se me acercaría y que hablarle sería de lo más natural. Pero nunca salió del edificio.

Stioppa me había dado su número de teléfono. Alguien descolgó. Dije: «Querría hablar con la hija de Stioppa.» Un silencio. Me presenté como «el hijo de un amigo de Stioppa». Tenía una voz clara y cordial, como si nos conociéramos desde hacía mucho. «Vuelve a llamarme la semana que viene»,

me dijo. «Y quedaremos. Es complicado... No vivo con mi padre. Ya te lo explicaré todo...» Pero la semana siguiente y todas las demás semanas de aquel invierno, los timbrazos del teléfono sonaban sin que nadie contestara. En dos o tres ocasiones, los sábados, antes de coger el metro para Pigalle, volví a estar de guardia delante del edificio de la calle de Spontini. En vano. Habría podido llamar a la puerta del piso, pero, como sucedía con el teléfono, estaba seguro de que no abriría nadie. Y luego, a partir de esa primavera, ya no hubo nunca más paseos por el bosque de Boulogne con Stioppa. Ni con mi padre.